



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

LA MITOLOGÍA

JÚPITER

I.

No entra en nuestro plan, ni sería propio de LA ILUSTRACION DE LA INFANCIA, examinar cuantas mentirosas fábulas imaginó la fantasía de los griegos para satisfacer á las aspiraciones religiosas que todos los hombres sienten brotar en su pecho al considerar las maravillas de la creacion y los misterios que el sér humano encierra. No hablaremos del Caos y Demogorgon, de Urano y Titea, y de cuantos influyeron en los comienzos del tiempo para que apareciera el mundo tal como habia de ofrecerse á la contemplacion de los habitantes de la tierra. Esas narraciones, como basadas en el error, se contradicen constantemente y son ininteligibles de todo punto para los niños.

La luz aparece, si es posible que aparezca entre los absurdos y las confusiones, cuando el viejo Saturno, casado con su hermana Rhea ó Cibeles, gobierna el mundo, usurpando el trono de su hermano Titan. Lo más notable es que por exigencias de éste, Saturno se habia comprometido á devorar á sus hijos, y hubiera acabado con toda su descendencia si Cibeles, encariñada

con las víctimas, no hubiera apelado á sus maternales industrias para salvarlas. Gracias á ella, se libertaron de la voracidad del monstruoso padre Neptuno, Pluton, Vesta, Cérés y tambien Júpiter y Juno, que nacieron á la vez, y de consiguiente fueron gemelos.

Era Júpiter el más querido por su madre, y ésta cuidó de preservarle con especial empeño. A este fin le llevó á la isla de Creta, donde le amamantó la cabra Amaltea, y cuidaron de su infancia las ninfas Meliseas. Para que el hambriento tirano no oyera los gritos del niño, encomendó Cibeles su defensa á unos sacerdotes guerreros llamados Curetes y á otros llamados Coribantes, encargados de bailar constantemente y promover gritos y algazara. No bastaron, sin embargo, tales precauciones para evitar que Titan supiera que existia un infante contra lo pactado. Irritóse grandemente ante lo que creia traicion de su hermano, y moviéndole guerra con el apoyo de sus numerosos descendientes, acabó por destronarle y encadenarle como á un mísero mortal.

Noticioso Júpiter de tal infamia, y olvidando la crueldad de su padre, abandonó la isla de Creta, y se propuso libertar al divino autor de sus dias. Llamó á los cíclopes, gentes que sólo tenían un ojo en la frente;

á los centímanos, que contaban cien brazos, y con su auxilio acabó por vencer á los titanes, tras terrible y gloriosa lucha. Esta no terminó fácilmente, y sin que apelaran los vencedores á medios extraordinarios y portentosos. Un herrero, llamado Vulcano, de igual nombre que otro dios de quien nos ocuparemos, forjó rayos para Júpiter, un tridente para Neptuno y un casco para Pluton, y con tales armas viéronse anonadados los titanes y sepultados en el Tártaro ó infierno de los gentiles. De nada les sirvió á los derrotados su pujanza y poder; de nada les valió el amontonar las montañas para escalar el cielo; de nada el arrojar enormes peñascos, que manejaban estos gigantes cual si fueran menudas piedras: Saturno se vió al fin restablecido en el trono, y sus enemigos vencidos y humillados para siempre.

Destino aciago era el de Júpiter: su padre, sordo al filial cariño, lejos de tenerle á su lado y premiar sus nobles esfuerzos, pretendió aprisionarle, y le provocó á cometer un acto que repugna á la naturaleza humana, y que solamente engendran la ambición y la codicia. Para asegurarse y vivir tranquilo el triunfador de los titanes, tuvo que atacar á su padre y señor, y una vez vencido éste, aquel ocupó el sólio y le desterró á la tierra, es decir, que le privó de las ventajas que disfrutaban los habitantes del cielo. Entonces comenzó en las sublimes regiones un período de organizacion, de orden y de buen gobierno, que aseguró á Júpiter la posesion del trono, y arregló todos los asuntos de una manera normal y definitiva. Estableció su corte en el Olimpo, pintoresca montaña del Norte de Grecia, clasificó á los dioses tal vez y les asignó distintas funciones. Ocuparon los puestos preeminentes Júpiter, Neptuno, Marte, Mercurio, Vulcano, Apolo, Juno, Vesta, Ceres, Diana, Venus y Minerva, llamados tambien dioses consentes, porque formaban el gran consejo, y desempeñaron importantes funciones los dioses patricios, que eran ocho: Saturno, Rhea ó Cibele, Pluton, Proserpina, Baco, Cupido ó el Amor, Genio y Jano. Hubo dioses subalternos, dioses naturales, semi-dioses ó héroes y dioses alegóricos ó personificaciones de todas las virtudes y flaquezas humanas. Júpiter apareció con toda la majestad de un rey inmortal y poderoso, y rigió los hechos humanos y divinos, sin que nadie

puñera resistir sus decretos, á no ser el misterioso Destino ó sea el Hado, que era superior al monarca del Olimpo, y que se mantenía en la oscuridad y en las sombras, sin que nadie pudiera penetrar sus intentos.

Después de terminada la revolucion, que colocó á Júpiter ó Jove en su perennal y eterno sólio, este dios corrió una serie de aventuras que relatan minuciosamente los mitólogos, y que no podemos referir hoy sin pecar de difusos y molestos. Por eso terminaremos manifestando que en estatuas y dibujos se suele representar al llamado *padre de los dioses y de los hombres* bajo la forma de un varon corpulento, bello y majestuoso, cubierto con manto de púrpura, ornada la cabeza con diadema real, un manojo de rayos en la mano derecha, en la izquierda el cetro ó la estatua de la victoria, á sus piés el águila, que es su ave predilecta, y rodeado de amenazadoras nubes el trono en que aparece sentado, y alrededor del cual se agrupan las virtudes.

B. F. M.

MAGNANIMIDAD DE UN REY NIÑO.

En todos los reinos del mundo siempre han sido perjudiciales para los pueblos las minoridades de los reyes. Es decir que cuando el rey por su corta edad no puede desempeñar las funciones de jefe del Estado, el gobierno se desorganiza, las ambiciones y los bastardos deseos de los políticos crecen y la nacion sufre. Las intrigas y los malos consejos prevalecen, y nace la guerra civil, lucha horrible en que padres, hijos, hermanos y parientes combaten en contrarias filas y desgarran despiadados el seno de la patria, madre comun, asilo y protectora de todos.

Pero si esto es cierto con relacion á los más diversos países del globo, si á Castilla atendemos los daños y desastres toman colosales proporciones. Cuando los mahometanos ocupaban todavía las más hermosas y meridionales regiones de Es-

paña; cuando vivían independientes entre sí Portugal, Aragón, Navarra y Castilla, esta última llamada á realizar la reconquista contra los árabes y la unión de todos los Estados cristianos, veíase á veces detenida en su glorioso camino por la obcecación y las pasiones de sus hijos, y sobre todo por las temerarias exigencias de algunos de ellos, en los períodos en que el rey era menor de edad y se veía sometido á la tutela ó dirección de sus parientes y de los grandes.

Una de las minorías más calamitosas para los cristianos españoles, fué sin duda la de D. Enrique III el Doliente, y prueba de ello es el hecho que vamos á referir, y que muchos historiadores y la tradición autorizan. Corría el año 1393, y el niño rey que sucediera á su padre el buen D. Juan I, había ocupado el sólio durante tres años. En este intervalo de tiempo habíanse sucedido continuamente unos disturbios á otros disturbios. Castilla era presa de las fracciones y bandos políticos, los personajes infelices en la corte se disputaban el puesto de gobernadores ó regentes del reino y la tutela del joven monarca. En vano, atendiendo en parte al testamento del rey anterior, se había aumentado el número de los que dirigían á Enrique III con sus consejos y advertencias. Los tutores eran ya veinte, y lejos de acallarse los descontentos y los pretenciosos, crecía el malestar. Aquellos en vez de administrar los intereses del país y los del jefe del Estado, sólo se ocupaban en despojar á éste de sus bienes y en celebrar banquetes, saraos y fiestas.

El exánimo llegó á un extremo

inconcebible, y la rapacidad de los gobernadores del reino fué tal que el enfermo monarca vióse privado de lo más necesario para su decoro y sustento. Un día D. Enrique, hallándose en Burgos, regresó de la caza, distracción á que era muy aficionado, rendido de fatiga y acosado por el hambre. Pidió de comer al dispensero, uno de los pocos servidores que le quedaban, y hubo éste de contestarle que no había preparado comida por no tener dinero para adquirirla y no encontraba quien se la entregara al fiado; temerosos los tenderos de que no podrían cobrar su importe. El rey que era de benigna y bondadosa condición, resignóse á tan terrible prueba, y despojándose de su abrigo ó gabán, le entregó al cocinero para que le empeñase y con su valor adquiriese viandas y preparase la comida. Cumpliendo el mandato real y aderezada una pierna de carnero y las corderos que aquella tarde matara el noble príncipe, sentóse á la mesa y entabló conversación con el fiel criado.

Supo por éste que los tutores ó gobernadores se regalaban aquella noche con un espléndido banquete que les daba D. Pedro Enorio, arzobispo de Toledo y uno de los miembros más influyentes de la junta. Ante tan irritante diferencia enojóse grandemente el abandonado Enrique, y midiendo las consecuencias de tan absurda usurpación, propúsose violentar su natural debilidad de carácter y mostrar la energía y el vigor que su dignidad y la prosperidad de sus Estados reclamaban.

(Se continuará)

LA PROCESION DEL CORPUS

Continuacion (1).

El llanto de un ciego es una de las manifestaciones más elocuentes y conmovedoras del humano dolor, y al ver brillar las

(1) Véase la pág. 156.

lágrimas en aquellos ojos donde no brilla la mirada, nos decimos: «¡Ojos que no ven y lloran!»

El mudo llanto de la abuelita fué observado por la nieta, el hermoso cielito de primavera, y corriendo hacia aquella, adivinando su dolor, y comprendiendo todo lo



Júpiter.

cruel del abandono en que la dejaban, dijo de repente á su mamá:

—Yo me quedo con mi abuelita, y no quiero ir á la procesion.

—¡Niña! dijo con severidad su madre.

—Sí, no voy, mamá, repuso con resolu-

cion la niña; no tengas cuidado que no me estropearé el traje.

—¡Conchita! la dijo su padre afectando regañarla, y conmovido á su pesar de la leccion que su hija le daba.

Mas esta, sin amedrentarse, se sentó so-

bre las rodillas de su abuela, y echándola los brazos al cuello, dijo:

—Me quedo en casa á oír un cuento que ha ofrecido contarme mi abuelita.

Y como la resolución de la niña parecía irrevocable, y la hora de la procesion se acercaba, y los otros dos niños gritaban de impaciencia, y la alcaldesa temia deslucir su espléndido traje, desarreglar su tocado, alterar la expresion serena y augusta de su semblante, tomaron por mejor partido marchar á ocupar su puesto en las Casas Consistoriales, dejando á Conchita con su abuela.

Abrazó la anciana á la niña con tanta efusion como ternura, dándole gracias, entre besos y lágrimas, por aquel rasgo de su buen corazon, que tan terrible peso quitaba del de ella, y Conchita, sonriéndose graciosa y maliciosamente, dijo á su abuela, cuando ya oyó cerrar la puerta de la calle y todos habian salido de casa:

—Abuelita, ahora vámonos tambien nosotros á ver la procesion.

—Pero hija, ¿no ves que yo no veo y que tus padres se incomodarán?

—Ellos no sabrán nada: ¿quieres que nos estemos en casa cuando Dios anda por la calle, y cuando hay tantas colgaduras en los balcones y toca tan bien la orquesta que ha mandado venir mi papá?

—Pues véte tú sola, si ya te pesa haberte quedado conmigo.

—No, no me pesa, ni quiero irme sola; quiero llevarte, y como yo te lo diré todo, será lo mismo que si lo vieras.

—Pero ¿á dónde vamos á ir? ¿A los balcones del Ayuntamiento?

—No, abuelita, porque allí nos verian mis papás y regañarian luego. Yo tengo una amiga ¿sabes? que se llama Patrocinio, y es hija del tio Pierna chica; éste tiene un balcon que dá á la plaza, y siempre me está invitando á que vaya allá; con que ya ves lo contenta que se pondrá ella y sus padres tambien cuando nos vean en su casa.

—Pero ¿y si tus padres nos ven? dijo la abuela, medio seducida ya por la nieta, á la que sentia privar de ver la procesion.

—No, nos verán, porque este balcon es muy pequeñito, y cae más abajo que los del Ayuntamiento. Con que vamos, abuelita querida; ¡bendita seas! que voy corriendo á traerte el manton y la mantilla para que nos vayamos.

Y Conchita, ligera como un pájaro, despues de abrazar y besar á su abuela con efusion y reconocimiento, pues la loquilla se alegraba de poder lucir su lindo traje, fué volando por un manton y una mantilla, que puso con tanto cariño como gracia á la anciana señora, y cogiéndola por la mano, salieron las dos con direccion á la plaza, penetrando en casa del tio Pierna chica, que se llenó de gozo al ver en ella á la madre del señor alcalde, no sabiendo, tanto él, como su mujer y su hija, que abrazaba cariñosamente á Conchita, y admiraba sin poderlo envidiar su hermoso vestido, dónde colocar á ambas que mejor estuviesen.

Instaláronse en el balcon, pues ya los niños de la escuela, marchando en dos filas con la cabeza descubierta y los brazos cruzados sobre el pecho, anunciaban que se aproximaba la procesion, y Conchita, cogiendo con la suya la mano de su abuela, para poder trasmitirla más pronto sus impresiones, la decia:

—¡Cuánta gente hay en los balcones, si vieras! ¡Y qué elegantes han puesto á todos los niños! Hay más flores en las gorras y sombreros que en un jardin. ¡Mira, mira, ya asoman por allí las mangas y estandartes! Ahora pasa San Sebastian. En cada saeta le han puesto una flor, y tiene atados los piés y los brazos con cintas de raso bordadas de plata. Ya viene Nuestra Señora, con el manto que tú la regalaste de tisú de plata y la corona de rosas que mi mamá mandó traer de Madrid; ¡qué hermosa va! Ya, ya veo las andas del Santísimo. ¡Cómo brillan al sol! Parecen de oro, aunque dicen que sólo son de plata sobredorada. ¡Cuántas rosas le tiran! Si vieras, abuelita, con el aire parecen las hojas de rosa maripositas encarnadas. Todo, todo viene cubierto de rosas; las andas, el pálido; hasta en la calva del señor cura, dijo bajando la voz, hay más de cien hojas de rosa.

Y su abuelita, estendiendo su mano blanca y arrugada, la puso sobre la fresca boca de la niña, para apagar aquellas atrevidas palabras, impeliéndola al mismo tiempo á arrodillarse, pues la loquilla se olvidaba, en medio de su entusiasmo, de rendir el debido homenaje á Jesús Sacramentado.

—Ya pasa, abuelita, decia por lo bajo la niña devotamente arrodillada.

Y la buena anciana repetia con fervor:

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar!

Y la orquesta, famosa innovacion del nuevo alcalde, tocaba pomposamente la marcha réal, y la procesion desfilaba majestuosá por el centro de la plaza, sobre una alfombra de tomillo y envuelta en una nube de rosas que de todos los balcones con fervor arrojaban, y que embalsamaban con delicia el ambiente.

(Se continuará.)

RAFAEL LUNA.



RAZA DE «SIBILAOS» EN FILIPINAS

Entre las innumerables razas que pueblan las vastas Islas Filipinas, floran el máspreciado que hoy conserva España, y cuyo descubrimiento se debe al inmortal Magallanes, existe una conocida con el nombre de *sibilaos*, á que se refiere la lámina que damos en el presente número. Esta raza salvaje, como otras muchas de aquel archipiélago, no ha reconocido aún la soberanía española, viviendo en rancherías más ó ménos numerosas, que fabrican con caña y paja, en la cumbre de las montañas, guarecidas por bosques inmensos en que sólo ellos pueden penetrar. Los hombres se dedican á la caza y pesca, y las mujeres á todas las demás faenas, inclusa la poca agricultura

que requiere la siembra y recoleccion del arroz, cuyo alimento equivale allí al pan.

Los varones son fuertes y guerreros sanguinarios, y su más codiciada riqueza consiste en obtener el mayor número de cabezas de cristianos, á quienes odian á muerte.

El gobierno interior de las rancherías está sometido á los ancianos, que fallan y ejecutan sin apelacion; y para los casos de guerra entre las distintas razas, se pone á la cabeza aquel que prueba la posesion de mayor número de cabezas de cristianos sacrificados.

Estas bestias feroces no tienen ninguna clase de religion; sólo adoran al Sol, á quien ofrecen sacrificios de aves conocidas entre ellos con el nombre de *tantan*, que al efecto cazan para estos actos.

Sus armas de guerra son una hacha, que llaman *ligua*, con dos gavilanes en la parte posterior de su filo, la lanza y una rodela ó escudo de madera muy resistente, con que defienden su cuerpo del enemigo.

Para la caza usan las flechas con más acierto en la puntería que la mejor escopeta europea, pues desde niños se dedican á este ejercicio, y ponen la flecha en el punto que se proponen.

Hasta ahora han sido inútiles todos los medios empleados para reducirles á la obediencia, y es muy doloroso recordar las innumerables víctimas sacrificadas por estos caribes refractarios á toda civilizacion.

A LA VÍRGEN

OFRECIÉNDOLA MI HIJO JESÚS DE 4 MESES DE EDAD

Hoy te ofrezco, María,
Rico en primores,
Un capullo más lindo
Que el de las flores;
Porque su esencia
Derrama la ambrosía
De la inocencia.

—
Mi Jesús te presento,
¡Oh, Virgen mía!
Sé tú su dulce amparo,
Su amante guía;
Que en tí, Señora,
Tienen todos los niños
La protectora.

—
Que nunca sus ojitos
Como los cielos

EmpaÑe la conciencia
Con sus desvelos.
Su pura frente
No se manche; ¡es tan bella
Siendo inocente!

Coloca ante su pecho
Tu santa mano;
¡Que no se burle mi hijo
Del pobre anciano!
Dadle talento,
Corazon para amarte
Y sentimiento.

Que su conducta sea
Pura, intachable,
Y así será, aunque pobre,
Siempre estimable.
¡Como el armiño
Conserve siempre el alma
Mi hermoso niño!

LUISA.

Cuacos y Mayo de 1878.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

Turbada y confusa sintió que una lágrima brotaba en sus ojos al verse blanco de la risa de las demás.

—¿Qué tienes, Julia? la preguntó la directora.

La pobre niña balbuceó algunas palabras que aumentaron los cuchicheos de las otras.

—Silencio, dijo severamente aquella, notándolo, ¿pero qué es eso? ¿por qué estás así? añadió señalando el traje de Julia.

—Señora, respondió esta procurando serenarse. Eso es que esta mañana, al venir de casa, hallé una pobre mujer tendida en la calle y medio muerta de hambre. Yo quise levantarla, y al arrodillarme para hacerlo, me ensucié como V. ve. La infeliz anciana, al ver que me compadecía de ella, se agarró de mí, y sin duda entonces descosaría mi vestido.

—¿Y luego? preguntó la directora con interés.

—Luego la di el almuerzo que traía, con lo cual pareció reanimarse un poco.

—¿Y tú no has almorzado?

—No, señora, y aunque confieso á V. que he pasado mucha hambre, no me afligía esto, como el pensar ¿qué será de aquella po-

bre mendiga? Por eso he estado callada toda la mañana, por eso...

—Por eso han hecho burla de tí tus compañeras, exclamó la directora mirando á sus discípulas con severidad. ¡Oh! ven, hija mía, la Virgen tendrá en cuenta tu accion, trocando en hermosas flores los desperfectos de tu falda. Mientras á ellas... ¡Ah! mirad, ¡ese sin duda es el castigo!

Las niñas se miraron unas á otras, y hallaron sus vestidos terriblemente ensuciados; cuando se entretenían en reirse de Julia, un tintero había rodado sobre ellas.

—No sientan Vds. la mancha de sus trajes, dijo la directora contemplando su aflicción. Sientan, sí, la que han echado en su alma, burlándose de lo que debía causarlas admiración.

XX.

EL BUEN CONSEJO.

—¿Por qué gritais y jugais tanto? ¿no sabéis que el maestro nos reñirá si os oye?

—¡El maestro! ¡buena facha está! con sus anteojos y su espalda encorvada.

—¿Te vas á burlar de él?

—¿Y eso te admira?

—¡Oh! sí.

—Pues niégame que es verdad lo que he dicho.

—No lo niego, y sin embargo me aflige que le hagas objeto de mofa.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION DE LABORES

DIBUJOS PARA BORDADOS

INDICACION DE LA LÁMINA DE LA PÁG. 168.

Abecedario de fantasía y dos enlaces de cifras para pañuelo, uno á punto de armas y otro á litografía.

CHARADA

Mi primera es apellido,
dos con prima alimento,
y el todo de la charada
lo hallarás en los conventos.
(La solución en el próximo número.)

Solución de la charada inserta en el número anterior:

MARGARITA.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.

(1) Véase la pág. 160.

